

Los nuevos cronistas deportivos

LUIS MEANA

Lo de los periodistas deportivos de esta nación todavía llamada España se está convirtiendo en el coño de la Bernarda, pero con doble salto mortal y tirabuzón. Asistimos —estupefactos— al fenómeno de la clonación deportiva del duque de Alba: al nacimiento, consolidación y triunfo de unos cronistas tan relamidos y eruditos, tan listos, elevados y cultipardos que son más difíciles de leer que la mismísima Fenomenología del Espíritu de Hegel (y ya para eso, casi mejor leer directamente a Hegel y no perder el tiempo con esas cultísimas crónicas sobre la quinta —abortiva y abortada— del Buitre). Una clonación que no es del todo extraña, pues, como ya nos anunció a su debido tiempo John Stuart Mill sin que nadie le hiciera mayormente caso, siempre hay un raro consenso de los fenómenos sociales: un fenómeno social nunca se da solo y aislado, sino que suele darse en consonancia orgánica con todos los correspondientes, o sea, que, como ya sabían nuestras abuelas, en la vida las desgracias nunca vienen solas, y cuando las cosas empiezan a torcerse, al final, siempre acaba por parir la abuela. Estaba dicho. Y ahora ya está alumbrado el engendro: unos comentaristas deportivos que son candidatos a la Academia, de la que deben de pensar que, ya que allí tienen por norma poner en nómina a un obispo, a un general y a un aristócrata, a ver por qué no va a haber también un cronista deportivo. Esto es lo que pasa cuando se hace académicos a dibujantes: que, después, hasta los gatos creen que pueden ponerse zapatos.

En el cronismo deportivo hemos pasado por tres fases distintas. Primero tuvimos una especie de parque jurásico nacional, un periodismo prehistórico cuyo grado máximo de imaginación teórica era llamar a los de San Mamés leones, crear analogías tan rateras como la de la Saeta Rubia, o decir que no conviene follarse antes de los partidos, por lo del desgaste, que los futbolistas recién casados rinden menos, que los centrales tienen que ser recios y no comportarse como maricones, y otras cosas así de pedestres, pero de ahí no pasaban por-

que tenían una conciencia muy clara de que lo del intelecto era como otro continente, con el que no convenía mezclarse, por si acaso. En una palabra, que explicaban el fútbol con la misma rudeza con la que explicaban y entendían la política: eran como falangistas del balón, que vivían lanzándose permanentemente al monte.

A ese estilo jurásico le sucedió un cronismo deportivo de transición y de la transición. Un estilo ya claramente universitario que combinaba deporte y teoría política: que si el opio del pueblo, que si pan y circo, o el régimen y el eterno retorno de lo mismo: el sempiterno Primero de Mayo futbolístico. La cosa se torció ya de forma irreversible cuando un conspicuo vio en las redes de la portería un himen que se rompe, en el portero una madre, y otros muchos ritos, mitos y bobadas. Nació así un estilo que consistía y que consiste en leer poco, pero en sacarle muchas frases publicitables. De pronto, el fútbol se convirtió en un campo de experimentación intelectual para periodistas de altura, grandes intérpretes del Zeitgeist y otros sociólogos desocupados, y ya todo el mundo se dedicó a hacerse un nombre teorizando a balón parado y a calzón quitado. Ahí se anunció que esto iba camino de convertirse en una torre de Babel en la que acabaría siendo imposible entenderse. Como ha sido.

El modelo Evita

Y como éramos pocos, pues parió, entonces, la abuela. O sea, el Felipismo, que era y es, en cuanto fenómeno sociopolítico, el humus ideal para que florezcan ese tipo de retóricas que le hacen a uno sublime sin esforzarse en estudiar. El cenit de ese sarampión intelectualizante llegó con lo que podríamos llamar la segunda ola de argentinización de España, fenómeno totalmente paralelo al Felipismo. Como se sabe, los argentinos, especialmente los bonaerenses, sienten una necesidad irrefrenable de explicarle al resto de los humanos los secretos insondables de la vida, como si los demás no la vivieran o no se enteraran. También en el fútbol. Al que le han aplicado el modelo retórico Evita Perón y los descamisados: para efectos, todos

hemos sido convertidos por estos fraseólogos en unos descamisados futbolísticos que necesitan una especie de psicoanalista del fútbol que les explique el inconsciente de la cosa, que siempre se les escapa. Nacieron así esos profesionales de las frases que han logrado que lo más importante del fútbol ya no sea el balón sino las palabras, no el partido sino las explicaciones que ellos dan de él. El primer gran retruécano de esa farfullería, consistente en ser permanentemente sublime, fue aquella cosa tan tonta del miedo escénico, que olía demasiado a García Márquez, pero que coló. De esos polvos salieron los actuales lodos. Hoy las crónicas deportivas están llenas de psicogramas sociales y políticos del Pelusa, de referencias a la idea de discurso de Foucault, a la deconstrucción de Paul de Man, y a los últimos días de Pompeya. Al principio, esta enfermedad era una cosa que agarraba sólo a los grandes cronistas de Madrid y Barcelona, pero, poco a poco, se va extendiendo incluso hasta las últimas provincias del imperio, otrora dominado por la retórica marcial y militar del «Marca», y hace temer por la supervivencia del verdadero, sobrio y sólido cronismo deportivo.

Ya conocimos un sarampión parecido en la historiografía, en la que, de repente, casi todos los historiadores dejaron de contar la historia para empezar a describirnos gráficos, estructuras, superestructuras y otros tejamanes. Mutatis mutandis, ahora ocurre lo mismo: igual que antes leías a aquellos barrocos estructuralistas y no te enterabas de lo que había pasado con Felipe II, por qué se había hecho construir el ventanuco de El Escorial de cara al coro, o por qué se había deshecho realmente de Jeromín, pues ahora tampoco te enteras ya de lo que ha pasado en un partido: de lo que te enteras es de las similitudes que hay entre el regate de Butragueño y la teoría del caos, de lo que dice el principio de indeterminación de la mecánica cuántica y de cosas así de interesantes.

O sea, que uno siente una dolida nostalgia por el buen cronismo deportivo, centrado en explicarte lo que ha pasado en el campo y no lo que le ha pasado por la

cabeza al erudito de guardia. Nostalgia de aquellos señores que te convertían el partido en una película, y te contaban cómo empezaba, cómo seguía y si había acabado o no como el rosario de la aurora, naturalmente por culpa del árbitro, que siempre ha sido el malo de la película, y sigue siéndolo, porque es la representación/encarnación del poder. Tiene uno crecientemente la impresión de que ya sólo pueden leerse las crónicas de fútbol de provincias, donde todavía quedan viejos artesanos que manejan magistralmente la casuística, tíos que siguen sabiendo cómo fue aquel gol que metió un quidam del que ni su propia familia se acuerda ya de que jugó al fútbol, que saben miles de alineaciones como Kasparov sabe miles de partidas, que han visto todo tipo de jugadas, de futbolistas y de estilos, que te cuentan el partido en vez de explicarte esa gramática del fútbol que es igual de aburrida y seca que todas las demás gramáticas que en el mundo han sido. Esos viejos cronistas saben mejor que nadie que tan imposible es para la gramática recoger y transmitir la vitalidad de un idioma como lo es para una crónica explicar ese bolero cantable que es un partido de fútbol. Saben muy bien que no se puede comparar al dios de la fábula con el enano tarado de la lógica.

Si al fútbol ha de quedarle aún alguna fuerza como mitología popular, ésa está en las manos de esos personajes exóticos de los viejos estadios de provincias. Tíos que, aparte ya de memoriones, son la memoria viva del fútbol frente a esos seudolingüistas que son ratas de laboratorio recién llegadas de cualquier seudo-Harvard. De esos listos de salón, que quieren hacer carrera literaria en Alfaguara y llegar a ser en el deporte lo que el duque de Alba es en la erudita chismografía literaria, está ya uno harto. En comparación, hasta echa uno en falta a aquellos gastados dinosaurios del parque jurásico nacional, que tenían una retórica de maricones, zurdos y saetas, pero que, por lo menos, divertían. Y no éstos con los que pasa lo mismo que con el ajedrez: que son demasiado complicados para juego y demasiado simples para ciencia.



Hay que pagarlo

MANUEL ALCÁNTARA

U nos analistas políticos creen que ha sido Jacques Delors el que ha logrado convencer a Felipe González, y otros creen que ha sido Felipe González el que ha logrado persuadir a Jacques Delors; pero existe un tercer grupo de analistas: los que opinan que nadie ha tenido que convencer a nadie, ya que ambos están de acuerdo en que la crisis deben pagarla los pobres. ¿Quiénes podrían hacerlo mejor? Los pobres siempre dan de lo que les falta y, por si fuera poco, están acostumbrados a hacerlo. Que pagaran la crisis los más pudientes sería una improvisación muy arriesgada y, además, como no lo han hecho nunca, podría salirles mal.

El llamado «plan Delors» para impulsar la creación de empleo en Europa recomienda facilitar el despido. Misterios del mercado laboral, que tiene unas leyes que ni la razón ni el corazón conocen. Para aumentar el número de trabajadores es preciso que muchos dejen de trabajar. Una atenta lectura del Libro Blanco acaso pueda resumirse en que un montón de gente, toda gente del montón, va a pasarlas negras. Los «doce» apoyan el plan de empleo, pero discuten cómo pagarlo. Siempre ha ocurrido lo mismo, tanto a escala individual como colectiva, en las «cumbres» de jefes de Estado y en los mostradores. Hay prodigios y roñosos, pero abunda más el segundo linaje. A algunas personas les gusta pagar y experimentan una satisfacción al hacerlo, y a otras no es que no les guste pagar, es que les repugna. (Los chuletas hablan de «El Natalio», que es el que paga, y «El Chutón», que es el que gorronea asiduamente. Por eso, para repartir la generosidad obligatoria, se dice que pagando a escote hay muchos heridos, pero ningún muerto).

Pretende el «plan Delors» crear 15 millones de empleos en los 12 países de la Unión Europea antes de fin de siglo. Lo que ocurre es que eso tiene un precio y hay que pagarlo, ya que nunca salen gratis los gas-oductos, las autopistas, las redes eléctricas y los trenes de alta velocidad. ¿Quién va a pagar? Lo malo es que algunos se metan la mano en el bolsillo de otro. Facilitar el despido facilita mucho las cosas, pero no para los despedidos.

La «Biblia Delors»

FERMÍN BOCOS

En relación con el ciclo económico en el que nos encontramos, la idea que más se repite en las esferas gubernamentales de todas las capitales europeas es una que proclama la interdependencia de las economías mundiales. Es un único mercado —vendría a decirse— y apenas resta margen para las decisiones «nacionales» en materia de política económica. ¿Damos por buena tal aseveración? ¿Se trata de

una muleta formidable para eludir responsabilidades políticas cuando las cifras vienen mal dadas?

Al día de la fecha la respuesta más plausible es aquella que, teniendo en cuenta las peculiaridades estructurales de la economía de cada Estado, no dude, sin embargo, en reconocer la existencia de un solo mercado de dimensiones planetarias. El progreso —cerca a la instantaneidad— en las comunicaciones electrónicas y la extinción

del mundo socialista liderado por la URSS han contribuido de manera especial a la cristalización del fenómeno. Tenemos estos días en el escenario europeo un ejemplo muy gráfico de la nueva situación. Me refiero al llamado Libro Blanco de Jacques Delors. Siendo su contenido básico el diagnóstico de las causas que han generado la pérdida de empleo para cerca de veinte millones de ciudadanos de la Unión Europea y, en su segunda parte, las

diversas líneas de acción que propone Delors para corregir a diez años vista el problema, es al tiempo la demostración paladina de la universalidad de mercado a la que ya ineluctablemente debemos referirnos. Quizá por eso el mensaje más interesante de la «Biblia Delors» sea aquél que induce a pensar que ya no hay soluciones particulares para los problemas nacionales. Aquí, o nos salvamos con todos, o no hay salvación.

